

ran impedido su desarrollo. Han dejado para la Inglaterra su monarquía feudal, su aristocracia y su Iglesia establecida. Tales son las grandes diferencias que existen entre Inglaterra y el Norte América.

Los colonos eran puritanos que huían ante la persecución religiosa, y el puritanismo se componía sobre todo, de clase media. Los que pasaban el mar eran los pequeños propietarios, los burgueses (como ahora se dice). Al desembarcar en el Norte América se hallaban en una situación especial; formaban una sociedad sin aristocracia y sin populacho. La plebe ignorante, que es el más poderoso apoyo de la aristocracia no emigraba. En aquel suelo nuevo iba á implantarse todo un pueblo de artesanos y de agricultores, y llevaban consigo todas las buenas cualidades del pueblo inglés; pero dejaban atrás la Corte, la Iglesia establecida y la aristocracia; era la democracia que salía de su envoltura feudal como la mariposa que abre sus alas. Los colonos dejaban en Inglaterra el privilegio y llevaban al Norte América la igualdad. Aquí está para nosotros la importancia de su Constitución.

Se nos ha dicho algunas veces: «Si quereis implantar en vuestro país la libertad imitad la Constitución inglesa; fundad una gran institución como la que domina la sociedad británica y le da su solidez. En Inglaterra existe una aristocracia hereditaria que es dueña del suelo y gobierna el país. Si aquella sociedad es fuerte y duradera lo debe á su nobleza.» Y nosotros respondemos á eso: Es cierto que esa aristocracia nos daría el privilegio; pero ¿nos daría también la libertad? lo dudamos. Además, ¿qué es crear una aristocracia? ¡Un sueño! Y ¿qué sería crear una Iglesia establecida que no representaría sino la mitad de los habitantes? ¡Un sueño también! Esperamos más del Norte América; somos una democracia; las condiciones de existencia son más análogas entre aquel pueblo y el nuestro. Preguntándole un día á un norteamericano que de simple jornalero ha llegado á ser un distinguido ingeniero si hallaba mucha diferencia entre su pueblo y el nuestro, me dijo: «La única diferencia que yo veo es que muchos franceses tienen la manía de llevar un *petit machin* rojo en el ojal y nosotros no comprendemos ese placer. Por lo demás nos parecemos bastante.»

Nosotros, como los norteamericanos, somos un pueblo que vive del trabajo de su imaginación ó del de sus brazos; bajo este punto de vista nuestra sociedad se parece bastante á la norteamericana.

Nosotros no tenemos esos elementos aristocráticos que en Ingla-

terra se miran como constitutivos de la libertad; estamos organizados como la sociedad de los Estados Unidos que nos presenta el ejemplo de una nación libre y dichosa en la que se hallan más medios de educación y más probabilidades de bienestar que en cualquiera otra parte. Sabemos que no es así como generalmente se juzga la América del Norte: los negociantes franceses que han vivido en New York están muy lejos de juzgarla tan favorablemente bajo este aspecto, y efectivamente, New York es una ciudad que bajo el punto de vista de policía deja mucho que desear; pero el Norte América no es New York, ni nadie debería juzgar la Francia por un puerto de mar. Los grandes pueblos se deben juzgar en su interior, en sus instituciones, y entonces se adquiere de ellos una idea muy distinta.

Un inglés no puede ménos de mirar siempre con prevención á su hermano Jonathan; podrá haberle perdonado su revolución; pero no puede perdonarle esa prosperidad y esa grandeza marítima que tiene en jaque á la Inglaterra y la amenaza para el porvenir; sin embargo, hemos leído en un libro sobre el Norte América, recientemente publicado por M. Trollope, hijo de esa famosa Madame Trollope que tan rudas verdades ha dicho á los norteamericanos, hemos leído, decimos, una confesión que se parece algo á un grito desesperado.

«El pueblo que come más carne y lee más libros, lo digo con dolor, no es el pueblo inglés; es el pueblo norteamericano.»

Hé aquí un pueblo que es muy interesante estudiar. Comer mucha carne, leer más que otros y practicar la libertad son tres cosas buenas. ¡Ojalá pudiéramos nosotros hacer otro tanto!

Preveamos una última objeción. Supongamos, se nos dirá, que habeis contestado satisfactoriamente á todas las dificultades que se os han propuesto, ¿qué habeis probado? Que la Constitución norteamericana es hija de la Constitución inglesa y que conviene á la raza inglesa. Pero ¿eso prueba que convenga á nuestro país?

Siempre la cuestión de razas.

¿Recordais lo que fué California cuando se descubrió en ella el oro? Allí acudieron de Europa, de Asia, de todos los países del mundo.

Como era natural, California se llenó de aventureros, y preciso es reconocer que su primera población fué por el estilo de la primera población de Roma. No era la flor; habia allí gentes de todas las naciones, hasta chinos. Nuestros periódicos nos felicitaban con-

tinuamente de no parecernos á los desgraciados californianos, que no podian salir á las calles de San Francisco más que con un revolver en la mano. ¿Y qué ha sucedido? Que la California es hoy dia uno de los países más dichosos, más libres y mejor gobernados del mundo.

Ha ido allí un cierto número de norteamericanos; y han colonizado inmediatamente á su manera. Cuando los franceses colonizan empiezan por poner soldados, prefectos, administradores y oficinas; pero los norteamericanos obran de muy distinta manera. Comienzan por fundar una escuela, edifican una iglesia ó varias; organizan el municipio, y forman una milicia que permite á los ciudadanos protegerse entre sí. Y cuando todo esto está hecho, cuando se ha establecido una sociedad libre y que ella misma se arregla sus negocios, se le superpone el gobierno norteamericano, dos cámaras; el poder ejecutivo, el poder judicial, y ya está un Estado constituido. Esto es lo que se hace siempre.

Otro ejemplo que nos toca más de cerca: Cuando nosotros dejamos la América habia allí 65,000 canadienses, buenas gentes que habian sufrido por nosotros, hijos de la Vendée, de la Normandía, y que habian conservado sus recuerdos. Estos canadienses desde el primer dia fueron bien tratados por los ingleses, acaso por temor de que se unieran á los Estados Unidos. Inglaterra, por su propio interés, se mostró humana y les dejó sus leyes, su Iglesia, su lengua y el derecho de gobernarse poco más ó menos del mismo modo que bajo la dominacion francesa. Poco á poco comenzó la emigracion inglesa en el alto Canadá; despues se fué haciendo más activa, y los canadienses no pudieron vivir en buena inteligencia con los nuevos colonos, que no les trataban con igualdad. Se insurreccionaron y los lectores no habrán olvidado el nombre de M. Papineau y la revolucion de los bajo-canadienses.

En aquella época, en 1839, envió Inglaterra para gobernar la colonia un hombre que ha conquistado gran reputacion por su espíritu liberal, lord Durham, que fué en 1831 gran amigo de la Polonia y uno de los promotores del bill de reforma. Este hombre, en lugar de anonadar la resistencia y decir que más tarde haria justicia, cosa que tal vez luégo se olvida se dijo: «Cuando el pueblo sufre es que hay una causa para su sufrimiento; esta causa es la desigualdad. Dándole libertad política habrá paz en la colonia. Los canadienses son ochocientos mil entre franceses é ingleses. Pues que se nombre una cámara en la que se hable francés é inglés; que

cuando se trata de libertad todos los hombres se entienden. Esta cámara nombrará un ministerio, y cada cual hará valer sus derechos. Si los canadienses franceses son más numerosos dominarán en la cámara; si son más débiles se resignarán y esperarán otra ocasion para tener mayoría.» Esto, como se vé, era una novedad ingeniosa, y el éxito fué completo. Desde entonces prospera el Canadá, y si á un bajo canadiense se le pregunta cómo se encuentra con la importacion de las instituciones inglesas de seguro contestará: «Nuestras instituciones no son inglesas ni norteamericanas; ¿para qué dar á la libertad carta de naturaleza?»

Aquí terminamos este capítulo. Tal vez alguno nos quiera decir: «Estas instituciones que constituyen la fuerza de Inglaterra y del Norte América han sido conducidas por el progreso y la civilizacion; hoy en condiciones análogas, nos gobernarían admirablemente.» Pero, no; no se trata de introducir costumbres inglesas ó norteamericanas en nuestro país; léjos de nosotros semejante locura. Cuando se desea que un pueblo prospere, el primer pensamiento que ocurre á los políticos es que tomando las instituciones de otro pueblo se obtendrian los mismos resultados; y ¡están en un error! ¿por qué? Porque no basta aceptar las formas; porque las formas no significan nada. Lo que se necesita tomar es el espíritu. Cuando se tiene el espíritu se hallan las formas y se adoptan naturalmente. ¿Acaso es necesario ser norteamericano ó inglés para practicar la libertad religiosa, la libertad de imprenta ó la libertad individual? No: todas estas libertades pueden ser garantidas por instituciones muy sencillas que ya poseemos en germen, porque nuestros padres nos las dejaron, y el estudio del Norte América debe servirnos para desarrollarlas. El Norte América es una nacion que amamos por más de un título; la hemos ayudado cuando era débil y pequeña; nuestro ejército completó su independenciam; Rochambeau combatió al lado de Washington. Hoy que el Norte América se ha engrandecido por su Constitucion, puede ayudarnos á su vez dándonos lecciones. Así es el comercio que enriquece á los pueblos y los honra. Nosotros hemos llevado la independenciam al Norte América; pidámosle en cambio que nos enseñe la libertad.